



Comisión 1

Índice

1. Un encuentro inusual. Sofía Adrover
2. Cóctel absurdo. Francisco Allende
3. ¿Creer en los fantasmas o no? Benjamín Roque Betancour
4. El Conde de Montecristo. Lucas Cáneva
5. Lo que no te despierta te delata. Daniel Alejandro Cardozo Vega
6. Placer culpable. Macarena Cerdá
7. 17 de diciembre. Francisco Ciz
8. Tragedia internacional. Ramiro D'Agostino
9. El triste final de Oliver Twist. Guillermina Derudi
10. Un conflicto fuera de lo normal. Federico Díaz
11. Ceder para morir. Martina Díaz
12. Disputa mañanera. Milagros Díaz Martínez
13. En las extrañas penumbras. Facundo Fernández
14. La venganza de los monstruos de mar. Shanel Galarza
15. Respirá. Melina Gliemmo
16. No sé si llego. Florencia González
17. Seis son multitud. Azul González Lanteri
18. Franja de Gaza. Julieta Haboba
19. Anfibio. Delfina Iocco
20. La clave para seguir adelante. Martina Ledesma
21. Lástima. Antonella Lerda
22. El miedo y yo. Alexis Martín
23. Mentiras. Francisco Miguel Martínez Sanjurjo
24. Fútbol y rock. Benjamín Martos
25. La gaspi fiesta. Enzo Miceli
26. Amor, estrategia y reflexión. Camila Miranda
27. Dentro de la inmensidad. Milagro Moralejo
28. Loma de burro. Álvaro Moreno
29. El circo impredecible. Aldana Ochotorena

30. Los monstruos viven muchas veces en casa. Macarena Orbe
31. ¿Sueño o realidad? Rocío Ortega
32. Un mismo amor, desde otro cuerpo. Lourdes Oss
33. Oliver Twist. Catalina Pereyra
34. Un banco con gente diversa. Tomás Porta
35. La alegría del encuentro. Manuela Ríos
36. De casería. Lautaro Rost
37. Un vuelo por Chivo negro. Jeisson Ruíz Narváez
38. Escapar ¿hacia dónde? Catalina Russó
39. El pasillo infinito. Ariadna Santolaria
40. Tal vez sea un eterno deja vú. Mariana Sumich
41. Silencio. Clara Troncoso
42. Muerte en vida. Julia Usatorre
43. La fila de la discordia. Juana Viñes

Un encuentro inusual

Sofía Adrover

Hoy, a diferencia de las otras mañanas, vine a pagar mis cuentas al Banco Nación. Pero esta vez, hubo algo que me llamó la atención, adelante mío se encontraban Franco Macri, Donal Trump, una docente y el papa Francisco, que estaba de visita por Argentina.

Sorprendida y aburrida por la demora que había, comencé a escuchar el diálogo que había desencadenado aquella docente al ver al Sumo Pontífice.

—Ah listo, todo porque quieren legalizar el aborto ahora viene al país— dijo la profesora mirando de reojo al Papa.

—Si vas a tirar un comentario, hacelo mirándome— respondió, tratando de hacerse el pacifista.

Y así comenzó la discusión. Que, si bien se agravó, me sirvió para enterarme del tema.

En ese instante, la señorita se dio vuelta y decidió responderle al Papa.

— ¿No cree usted que está siendo injusto con las personas carenciadas que no tienen el dinero para pagarlo?—

—Qué comentario tan poco justificatorio, ¿no cree usted que si no se permite abortar nacerán más empresarios en el mundo y el capitalismo triunfará?— añadió Trump.

—Creo que tiene razón Donald. Además, mi hijo manda a las personas del Ministerio de Salud para que eduquen sobre los medios de prevención de embarazos— acotó Franco.

—Va en contra de lo que nos enseñó Jesús a través de la biblia sagrada— prosiguió Francisco.

La cara de la pobre docente se iba enrojeciendo de bronca, lo que ya en un tono más grave dijo:

—Empezaré por contestarle a Franco, que se ve que por pasar el tiempo trabajando en su empresa “tan grandiosa” no sabe que las charlas no llegan a las escuelas de barrios carenciados en donde yo trabajo. Nosotros les hablamos de tema, pero al no tener el dinero y en los hospitales la suficiente cantidad de anticonceptivos, no pueden cuidarse—. Sin dejar acotar a ninguno, prosiguió. — Por otra parte, le diré a Trump que deje de pensar en el dinero y piense en las personas que mueren día a día por tratar de abortar en lugares clandestinos. Por último, querido Papa, lea que en la biblia Jesús habla de ayudar al prójimo y creo que, viendo los índices de muerte por abortos clandestinos, deberías ponerte en el lugar de las madres y apoyar la legalización.

Al decir todo esto, aquellos tres hombres se quedaron mirándola, anonadados. Al ser llamada por la cajera por prioridad de embarazo, se fue sin acotar nada más, tocándose el vientre.

La discusión no iba a seguir y por suerte, ya me tocaba a mí. Me dejaron pensando.

Cóctel absurdo

Francisco Allende

Era la mañana más calurosa de enero y el Banco Provincia de 6 y 46, en La Pata, estaba colmado de gente. En un momento, una gran camioneta negra, blindada, estaciona justo frente a la sucursal. Un hombre viejo, de unos 75 años, vestido con una larga sotana, se baja y se dirige a la fila, posándose detrás de un señor alto y de traje, cuyo pelo era extrañamente naranja.

— ¡Pucha!— dijo el hombre. — Qué calor que hace, la próxima hago *homebanking* desde el Vaticano, el *Wi-Fi* de la Capilla Sixtina anda muy bien.

— ¿Disculpe señor, me ha dicho algo?— preguntó el hombre, con un español muy pobre, como si se tratara de un extranjero de habla no hispana. — Mi español no ser muy bueno, no comprender.

— ¡Santo Padre! ¿Donald Trump?— exclamó el anciano, sorprendido.

— ¡Forgod's sake! ¡Pope Francis!— expresó Trump, olvidando por completo su español— Whit are you... Sorry, ¿Qué hacer usted aquí?

— ¿Pueden parar de gritar, señores?— dijo una mujer de unos 40 años, enojada.

—Disculpe hija. — Responde Francisco, avergonzado.

— ¿Pero, qué?, ¿F... Ff... Francisco? ¿Trump? ¿Qué pasa acá?— preguntó al voltearse.

—Sí querida, soy yo— contestó el Papa.

—Yo tener que venir aquí por problemas en la contratación de una constructora— Dice Donald Trump, ignorando por completo a la señora.—Un míster llamado Lázaro Báez pedirme que depositar dinero en su cuenta de este banco, el cual no tener *on line-banking*. ¿Qué hacer usted aquí Pope Francis?

—Un pequeño imprevisto con las facturas de luz de la casa de mi hermano— contestó su santidad.

—¿Alguien me explica qué está pasando ac...?— gritó la mujer, antes de ser interrumpida por otro anciano, que se ubica delante de ella en la fila.

—¡Donald, amigo!

—Frank, ¿es usted?

—Sí, soy yo, ¿cómo estás?— gritó de alegría, el viejo empresario. —No pude evitar escuchar tu conversación y debo advertirte que dejes de negociar con Báez, no es alguien confiable. ¿Qué es lo que buscás construir?

—¿Ser verdad eso? Tener buenas referencias de él—dice Trump, sorprendido. — Necesitar una empresa para construir un muro en la frontera con México.

—Cancelá lo que tenés con Lázaro y vení conmigo. Tengo una empresa excelente que te va a solucionar todo.

—¡Está bien! Sólo porque yo saber que usted ser confiable. — Por cierto, ¿cómo está little Mauricio?

Francisco, cortando la conversación y muy enojado por la presencia del magnate, comienza a gritar.

—¡Señor Macri, es usted un canalla! Sólo le interesa el dinero, le será muy difícil entrar al reino de los cielos.

—¿Qué? ¿Francisco?— preguntó Franco, con más confusión que indignación. — ¿Por qué me dice esto?

Una fuerte discusión se produjo entre ambos, sólo interrumpida de a momentos por un “no entender”, soltado por el Presidente de los Estados Unidos. La señora miraba y escuchaba atónita, sin comprender qué era lo que pasaba. El tiempo corría y los cuatro seguían en el mismo lugar, mientras la fila avanzaba por su costado.

Ya a las tres de la tarde, se escucha en el altavoz del Banco Provincia:

—Damas y caballeros, ha llegado la hora de cerrar.

Esto fue oído sólo por la mujer.

—¿Pueden callarse? —gritó. —¿No ven que por su culpa los cuatro nos perdimos el horario de atención? Yo, una docente que se rompe el lomo para ganar un sueldo miserable, pierdo 5 horas de mi vida en este banco, por tres viejos que discuten.

—Uh, qué lástima. Igual ahora lo hago por internet, no importa—dijo Macri.

—Sí, nosotros también—acotaron los otros dos.

Al ver cómo se alejaban, la señora se puso roja de furia. Maldijo en tres idiomas, sola, y en la puerta del banco.

¿Creer en los fantasmas o no?

Benjamín Roque Betancour

Lo que voy a contar a continuación, fue un hecho que pasó hace muchos años en mi casa. Pero lo sucedido nos pasó a mis hermanos y por supuesto a mí.

Por los recuerdos que tengo, pasó exactamente en mi casa. En varias habitaciones veía sombras o personas en ellas, lo que me parecía extraño y raro, porque cuandome acercaba a ellos se desvanecían, y con lo que pasaba le conté a mi familia, y mi hermano también lo veía.

Mis padres al escuchar lo que sucedía trataron de tranquilizarlos diciendo que eso no existía. Pero mi hermano y yo seguíamos viéndolos y nos asustaba mucho,

porque a veces no eran apariciones sino que también voces, susurros, hasta se veía una mujer idéntica a mi madre en su habitación. Un día de noche se había cortado la luz en mi casa y hubo muchos susurros en mi cuarto y cuando fui a investigar pensando que eran mis padres no había absolutamente nadie. Con ese hecho sucedido, mis padres hablaron con una amiga de la familia de hace años y les dijo que tiren agua bendita por toda la casa. Eso funcionó ya que esas sombras no se vieron más. Pero mi hermano y yo lo seguimos recordando hasta la actualidad.

El Conde de Montecristo

Lucas Cáneva

Cuando Dantés logró escapar se encontró en una isla. Apreció la naturaleza, las diferentes sensaciones que no sentía desde hace tiempo. El viento acariciando su mejilla, la textura de la arena, el agua salada sacándose en su cuerpo rápidamente por el calor del sol. Era inexplicable la alegría que lo recorría, no lograba concentrarse en su venganza. Al cabo de unas horas, se dirigió al lugar que indicaba el mapa, pero comenzó a sentirse extraño. Al tocar el mapa, le parecía irreal.

Al llegar, se encontró con una cueva. A medida que ingresaba, se hacía cada vez más chica a tal punto, que llegó a sentir que era su celda. Investigó piedra por piedra creyendo que Faría había creado un escondite para que el tesoro no fuera encontrado. Se sentía encerrado y sin escapatoria, como si algo no anduviera bien dentro suyo. Fue entonces, que disidió irse, indignado por salir con las manos vacías. Miró hacia atrás y el botín apareció, como por arte de magia.

Al salir, sintió gusto a tierra en su boca, se ahogó y comenzó a toser. De repente, inhaló fuerte y despertó. Se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Se encontraba tapado por las piedras en el túnel, junto a Farías. Se fue quedando poco a poco sin aire, hasta que murió.

Lo que no te despierta te delata

Daniel Alejandro Cardozo Vega

No pasó mucho tiempo después de la despedida del fantasma. La vida familiar concurría con normalidad y Virginia había sido desposada por el duquecito. Aunque intentaba la felicidad que prometen los finales de los cuentos de hadas, sentía que algo le faltaba, que su vida era muy aburrida, monótona, sin acción, sin sabor y sin pasión. Es que su esposo, aunque era bueno con ella, no le despertaba mayor sentimiento que ternura.

En esa descontenta y abrumadora eternidad que le esperaba junto al duquecito, esa noche Virginia se fue a dormir. Mientras dormía, se vio envuelta en un sueño raro, de esos en los que uno sabe qué es, pero aun así, quiere explorar antes de despertar. Se vio cerca a la chimenea de su casa, allí donde el fantasma la había llevado el día de su liberación. De un momento a otro, se abrieron las puertas del mismo pasaje secreto que un día había recorrido, y mientras ella miraba con asombro, una voz se oyó desde el interior.

—Mi mente se quedó anclada en el recuerdo de ese día que estuvimos juntos, creo que liberaste mi alma, pero mi corazón se quedó contigo, —dijo la voz con tono fuerte, claro y profundo. —Te quiero dar dos opciones. Si algo en ti, dice que vale la pena vivir de nuevo una aventura, te invito a que vengas al lugar donde todo comenzó. Pero por el contrario, si no tienes ese mismo sentimiento y tu esposo te hace lo feliz que te mereces, date la vuelta. Despertarás y olvidarás inmediatamente lo que paso aquí.

Virginia estaba confundida, miraba al piso con sonrisa nerviosa. Lo meditó un minuto y después de una leve mordida a su labio inferior, levantó la cabeza y entró tímidamente.

El fantasma la esperaba dentro. Le invitó una copa de su mejor vino, la miró a los ojos, le besó la mano y le susurró al oído.

—No te vas a arrepentir.

Hablaron mucho tiempo, el sueño parecía largo y ella no quería despertar. Entre risas y vino, recordaron ese día de efímero amor y descontrolada pasión.

Los días que siguieron, se la vio a Virginia de muy buen humor. Encantadora, radiante y amorosa con su marido. Sin embargo, aunque al duquecito le gustaba esa nueva actitud de Virginia, notó que tenía una desesperación un poco extraña de querer dormirse temprano. Además, ya no cumplía su deber de esposa en la cama, siempre tenía excusas diferentes.

A mitad de la noche el duquecito se despertaba por los suspiros profundos que tenía Virginia y aunque intentaba despertarla, nunca lo lograba. La miraba mientras ella movía sus caderas en la cama y sus manos recorrían su cuerpo como reconociéndolo, como queriendo quitárselo cual si fuera una frazada. Se pellizcaba, se aruñaba, se chupaba, se desesperaba.

El duquecito comprendió que algo pasaba con Virginia, pero no sabía qué hacer. Hasta que una noche, en medio de un sueño, se le apareció la mujer del fantasma, la misma a la que él mato y que quería venganza.

—¿A que no adivinás lo que hace tu mujer mientras duerme?

—Pues dormir supongo, aunque ha estado muy rara y siento que ya ni me mira— le contestó el duquecito, un poco extrañado.

—Acompáñame—soltó la fantasma.

En el camino no reconoció que estaban pasando por los pasillos de su propia casa, hasta que llegó a la chimenea y la fantasma lo hizo pasar por el túnel que había recorrido Virginia.

Se escuchaban gritos, gemidos, risas, palabras fuertes, latigazos y todo acompañado de una percusión constante que parecieran tambores resonando en pleno jolgorio.

Al abrir una puerta se despertó con la frustración y la rabia que le produjo saber que Virginia lo engañaba porque, aunque no la vio, sí reconoció su voz. Tomó entonces la decisión de quitarse la vida tirándose de un peñasco cerca a la casa. Llegando a la punta de la roca y a punto de lanzarse al vacío, se le apareció el fantasma de Canterville, que con un poco de cinismo le dijo:

—Tu esposa te ama. A pesar de nuestra aventura, se dio cuenta que eres tú el hombre que la hace feliz. Además, ¿qué podría ofrecerle un simple fantasma como yo?

—He aquí a alguien que puede darme lecciones de amor eterno—dijo sarcásticamente el duquecito y prosiguió—ya no puedo confiar en una mujer que no tiene sus deseos satisfechos en esta dimensión.

—A pesar de los deseos de la piel, el corazón de ella se quedó en aquí y es tuyo, no la abandones— le aconsejó el fantasma, un poco conmovido.

En ese momento llegó Virginia, quien le pidió perdón. Le dijo que su amor era solo de él y que no había nadie en este mundo o en el otro que pudiera quitárselo.

El duquecito se convenció y la perdonó. Fueron caminando hacia la casa tomados de la mano, reconciliando su confianza, queriendo vivir felices para siempre, como debía terminar la historia, hasta que ella le dijo.

—Estoy embarazada.

Placer culpable

Macarena Cerdá

¿Qué había pasado la noche anterior?, me preguntaba, mientras daba sorbos al café y me quejaba de la insoportable resaca. ¿Dónde estaba mi amante? Había amanecido sin él a mi lado, en mi mente percibía algo raro, él siempre dejaba una nota antes de irse.

En ese momento, encontré restos de sangre en mis cutículas, moretones y raspones en las manos. La cocina estaba muy desordenada y había botellas tiradas por doquier. Estaba confundida. A cada segundo que pasaba, mis nervios aumentaban.

Mientras recorría el departamento, encontré su teléfono debajo de la alfombra y en su historial había registradas llamadas al 911. Necesitaba respuestas que explicaran lo que había sucedido. Intentaba recordar, pero mi mente estaba nula.

Encontré su chaqueta en el sillón, no se había llevado ninguna de sus pertenencias. O al menos, eso parecía. Seguí caminando cautelosamente, hasta que mi pie se chocó con algo. Era el cadáver de mi amante bajo la mesa y un cuchillo tirado a su lado. ¿Se había quitado la vida? ¿O yo había tenido algo que ver?

Ahora estaba sola, con un cuchillo y un cadáver.

17 de diciembre

Francisco Ciz

Era uno de los últimos sábados de 2016, a una semana exacta de recibir y vencer en Chascomús por 1 a 0 a Progreso de Brandsen en el partido de ida de la final. Era también, nuestro último torneo en cuarta división. Ahora, viajábamos a disputar el encuentro de vuelta. Todo era perfecto: nos despedíamos de las inferiores con un título. Pero el comienzo del viaje ya era infructuoso, no pude sentarme en el lugar de la combi que usaba siempre. Parece un mínimo detalle, pero lo peor vendría después, luego del primer pitido del árbitro.

Antes de los 15 minutos del primer tiempo ya perdíamos 3 a 0 por culpa de errores defensivos. A la media hora, nuestro delantero central era expulsado por doble amarilla y se retiraba de la cancha golpeando a tres jugadores rivales. Y, si bien a nuestro equipo le sobran títulos, no sería el caso de esa tarde. Perdimos 3 a 1 y Brandsen se consagró campeón.

El dolor inmenso que recorría mi alma era increíble, no encontraba explicación alguna. No había forma de perder esa final. Incluso hoy lo recuerdo y me lamento. Dudo que en mi vida tenga un viaje peor que ese. Es fútbol, “sólo un juego” dicen muchos. Pero no entienden nada y, mucho peor, no sienten nada por él.

Tragedia internacional

Ramiro D'Agostino

En el año 2013, mi familia había organizado un viaje a Burgos, una increíble ciudad de Brasil. Era la primera vez que salía del país y, por lo tanto, que me subía a un avión. Por la madrugada despachamos las valijas y los nervios se empezaban a sentir. Estaba frente a la aduana y en ese preciso instante, me invadió el pánico de subirme al avión.

Al ver a mi mamá, quedé congelado. Le dije que no iba a subir. Llena de bronca, me agarró del brazo marcándome los anillos.

—Te subís o te mato.

Le hice caso, pasé la Aduana e inmediatamente empecé a descomponerme. Cada diez minutos iba al baño. La espera del vuelo se me hizo eterna.

Me subí al avión y todo el miedo se disipó. El viaje fue placentero y bastante corto. Pero al llegar al aeropuerto de Brasil me esperaban tres horas más hasta Burgos.

Aquel viaje fue el más largo que viví, tanto por la cantidad de horas como por mi malestar y mi descompostura. ¿Por qué fue el más largo? Faltaba un año para el Mundial y la ruta estaba reducida a una mano por obras, lo que provocó que un viaje de 3 horas se hiciera de 10.

El chofer manejaba como un demente, no paraba de frenar y arrancar. Me provocó náuseas que, sumado a mi problema, todo iba de mal en peor.

Al final llegué, el viaje más largo y trágico de mi vida. Pasé días encerrado, mientras mis padres disfrutaban de la playa.

El triste final de Oliver Twist

Guillermina Derudi

Luego de que Oliver se escapara de Fagin y su banda, pasó gran parte de su vida en Francia, donde se casó con una campesina y tuvo dos hijos, Mary Ellise y Edwin. Su esposa y su hija murieron a causa de la tuberculosis, así que padre e hijo emprendieron viaje a Londres para olvidar los malos recuerdos que Francia les había dejado.

Nuevamente, se vio Oliver Twist en Londres. Hacía 40 años que había escapado en un bote con rumbo desconocido. Caminaron por las estrechas calles atestadas de gente, los vendedores ocupaban gran parte de ellas con sus puestos. Uno de ellos le trajo un mal recuerdo de su infancia: el de libros. Ese que alguna vez fue del hombre que le dio el amor que tanto había necesitado. Ahora era dirigido por otro hombre, de unos 50 años, alto y canoso. Tenía cierta similitud con el señor Brownlow.

—Discúlpeme caballero— el librero levantó la mirada. —¿Qué sucedió con el señor Brownlow?

—Murió de tristeza buscando a un tal Oliver Twist. Su esposa era infértil y ese niño fue lo más parecido a un hijo que había tenido.

—Padre, debemos irnos— interrumpió su hijo.

Cuando cayó la noche, Edwin descansaba tranquilamente en la habitación del hospedaje mientras que, en la contigua, su padre ponía una soga en su cuello. Saber que el hombre que salvó su vida, había muerto por él, lo llevó a tomar la decisión de buscar la felicidad que siempre había querido de niño, morir.

Un conflicto fuera de lo normal

Federico Díaz

Una mañana de invierno en la fila del Banco Provincia se cruzaron cuatro personas: Trump, Franco Macri, una docente y el papa Francisco.

—Qué hace acá afuera —dijo Franco— ¿Faltará mucho para que abran?

—Sí, la verdad que no se puede estar. Al menos vos y tu hijo Mauricio pueden dejar las estufas prendidas. —dijo la docente y lo miró con desprecio.

—Señora, es temprano para confrontar. Los reclamos legales llévelos al lugar correspondiente.

—Mi colega Mauricio está haciendo todo bien— acotó Donald Trump, con un español algo limitado.

—¿Todo bien? Por favor, no sea caradura—espetó la docente.

Más atrás, esperando, se encontraba el papa Francisco.

—Hermanos y hermanas, tranquilos por favor. Todos cometemos errores, especialmente el hijo de Franco.

—No te voy a permitir que hables así de mi hijo. Volvé al Vaticano, haceme el favor.

—Esto es un descontrol, son tres impresentables—exclamó la docente.

—Lo que vos quieras, pero tenemos negocios. En especial Franco y quien te habla.

—respondió Donald.

—¡Trump tiene razón! ¿Vamos a tomar un café?

En ese momento, Donald y Franco salieron de la fila y quedaron la docente con Francisco.

—Te pido perdón por mis dichos—dijo ella—es que pareciera que la culpa siempre la tiene el pueblo.

—Siempre está bien pedir perdón hermana. Démonos un abrazo y culminemos todo acá. Sigamos en paz. Hasta pronto.

—Adiós Padre.

Ambos se retiraron del lugar y los gritos y discusiones cesaron, para la suerte de las demás personas de la fila.

Ceder para morir

Martina Díaz

Sir Simon ingresó junto a Virginia a un lugar oscuro y siniestro. Ella no entendía dónde estaba, pero no le importaba. Lo único que quería era ayudar a su amigo, el fantasma.

Al principio, ella estaba convencida de lo que hacía, aunque no dejaba de dudar por su decisión. El miedo aumentaba a cada paso que daba.

—Querida Virginia, gracias por tener un gran corazón te quiero mostrar mi pasado, pero ten piedad y no temas por mí.

Luego de esas palabras, Sir Simon le mostró los recuerdos con su esposa Eleonor. Cada vez se volvían más oscuros, hasta que Virginia logró ver el momento en que la mataba. Se quedó paralizada, sin poder hablar. El fantasma le explicó que estaba arrepentido por todo lo que había hecho y le demostró su desesperación por querer morir, finalmente, en paz. Para eso, Sir Simon dependía de poder obtener el perdón de Virginia y a la vez, una parte de su alma. La joven, al escuchar la petición, se quedó con los ojos abiertos y no pudo soltar ni una palabra. Aunque, luego de unos minutos, tal como el fantasma lo había planeado, Virginia cedió sin pensar en las consecuencias.

Disputa mañanera

Milagros Díaz Martínez

La mañana estaba nublada. Era uno de esos días tan grises, que la gente decide no salir de sus casas. De la niebla que había, no llegaba a verse la cola del Banco Patagonia, que medía 150 metros y daba la vuelta a la esquina. Todavía no eran ni las 9:00 hs. y la fila no avanzaba. Delante de todo, esperando para cobrar, se encontraba la profesora Romina. Estaba cansada, muy despeinada y con grandes ojeras. Seguidamente, estaba el Francisco, el cura de la iglesia del barrio, quien vestía con su típica sotana. Detrás suyo, el dueño de los departamento donde vive Romina, Franco Macri. En ese momento, se interpuso en la fila Donald Trump, ocupando el tercer lugar, abusando de su poder como intendente municipal.

Romina se volteó y al darse cuenta de la persona que tenía detrás, le pegó una cachetada.

—¿No le da vergüenza?— sus ojos estaban rojos y las venas del cuello a punto de reventar— Tendría que estar en la cárcel, maldito violador.

—No tienen ninguna prueba contra mí, hermana. Qué irrespetuosa, Dios la va a castiga—dijo el cura, acariciándose la cara.

—Señora Romina, ¿por qué molesta al cura? Usted aún me debe el alquiler de este mes, no haga que la tenga que echar.

—Usted me aumentó demasiado— respondió alterada.

—Por favor, tengamos una mañana tranquila—pidió Trump, interrumpiendo el momento.

—Sos vos el que no hace justicia por este pedófilo y por tu culpa aumentan las cosas.

Sin llegar a nada, todos se callaron y se empezaron a irse a causa de la lluvia.

En las extrañas penumbras

Facundo Fernández

El fantasma indudablemente había hecho algo muy malo o vergonzoso para que Virginia se ruborizara de tal forma frente a su amado. Pero Sir Simon le había jurado que si contaba lo que pasó él volvería y los mataría a todos.

El espectro tenía, en las penumbras sobre unos pedazos de lienzo, el esqueleto de su difunta esposa. Cuando entraron a esa habitación, a Virginia le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, de sólo pensar en las atrocidades que pudo haber hecho ese anciano depravado al cadáver. De repente, el fantasma miró a la joven durante un par de segundos y al volver la vista a su esposa, susurró:

—Mira, querida, te he podido olvidar gracias a lo que va a hacer esta chica por mí— Virginia se puso pálida y empezó a temblar.

—¡No, señor Canterville, por favor!— gritó, aterrada ante la posibilidad de que el hombre la toque o le haga algo peor.

Sir Simon, perturbado por los alaridos de terror de la niña, le gritó:

—¡Ya calma, niña! Para lo único que te traje es para que cocines, ya que por eso la maté.

Ya calmados los dos, el viejo abrió la puertita donde guardaba las provisiones robadas de la cocina durante sus andanzas nocturnas. Virginia en seguida se puso

manos a la obra para ver qué tipo de comida hacía, que le resultara apetecible a Sir Simon.

La niña realizó un banquete con varias comidas dentro de ese cuartito, con una simple estufa a leña y muchas ollas viejas. Ese día, los dos comieron como reyes, pero sentados en el piso. Contaron anécdotas y rieron juntos largas horas hasta que, avanzada la madrugada, se sintieron agotados.

Sir Simon devolvió a Virginia, con esa condición, la de no decir nada de lo que había visto allí dentro, por más tonto que pareciera lo que pasó. Así, el fantasma durmió plácidamente por toda la eternidad, esperando a reencontrarse con su esposa, para poder decirle que, por una vez, había comido bien.

La venganza de los monstruos de mar

Shanel Galarza

Hoy quiero comentarles una historia de cangrejos.

Hace dieciocho años, en una pequeña ciudad turística en el oeste de Ecuador llamada Salinas, mi madre organizaba una reunión familiar para celebrar mi cumpleaños número cinco, y qué mejor ocasión para darle a esta pequeña revoltosa su primera probada al mundo de la delicia marina con forma de crustáceo.

Una vez llegadas a casa, con un atado de cangrejos en una caja en el auto, mi madre dispuso de cocinarlos (aún si fuese ignorante de cómo hacerlo) como supuesta profesional del asunto. Cortó las cuerdas del atado y salió de la cocina; minutos después se generó un griterío en aquella gran casa esquinera naranja, cangrejos por montones y estirando sus tenazas como quien exclamara “¡Vendeta!”.

Mis recuerdos de aquel día son pocos pero vívidos, y la escena en que un cangrejo le dobló la cola a mi perro, inolvidable. Pasé horas llorando por lo sucedido mientras todos me rodeaban en la mesa comiendo lo que actualmente llamo “monstruo de mar” cantando el supuesto feliz cumpleaños. Y queridos lectores, les prometo que este relato no terminó aquí, si no, que si avanzamos dos horas más tarde a esta escena encontraremos a esta rencorosa narradora en urgencias siendo inyectada con una sustancia que permitiría desinflamar mis amígdalas y así respirar nuevamente. Yo, Shanel Galarza, era alérgica a los cangrejos.

Recuerdo aquel cumpleaños con poco perdón y angustia, y aunque para ustedes la ostraconofobia sea solo un mal succulento, para mí significa lo que Dios despojó a la Tierra el día que arrojó a los ángeles al infierno.

No confíen en los monstruos de mar, no confíen en los cangrejos.

Respirá

Melina Gliemmo

No podría definir con exactitud en qué momento puntual de mi vida fue que empecé a sentir esto, a padecerlo.

Algunos dicen que la claustrofobia es psicológica y que nace de una situación vivida con anterioridad. No estoy segura de ninguna de las hipótesis, ni siquiera de cómo se puede ayudar a tratarlo. De lo que estoy confiada es de mi experiencia personal, de lo que siento, de lo que me pasa por la cabeza cuando me enfrento a una circunstancia así. El pánico de no poder controlar tu propio cuerpo y mucho menos, tu mente. Como aquella vez, hace unos años, cuando no se me ocurrió mejor idea que entrar en el depósito a buscar algo y cerrar la puerta que únicamente se abría desde afuera.

Cuando logré darme cuenta, ya era tarde. Estaba encerrada en un cuartucho de 2 x 2, sintiendo cómo me transpiraban las manos. Perdía el pulso y poco a poco se me cortaba la respiración. Intenté llamar la atención y gritar, aunque apenas me salía la voz. Tampoco había señal.

Predestinada a morir lentamente y sin que nadie se entere, agotando la energía que me quedaba y pasando al ataque de pánico, bajo la presión que estaba viviendo, logro escuchar a un compañero que, al igual que yo, bajaba a buscar unas cosas. Abrió la puerta y me encontró tirada, a punto de colapsar. Estaba casi inconsciente por lo que no recuerdo claramente lo que pasó después. Sólo que llegué a escuchar sus palabras: “estás bien, respirá”.

No sé si llego

Florencia González

Ya todas sabemos, a esta altura del partido, que andar solas por la calle no es muy buena idea, menos si es de noche y muchísimo menos si tomaste un poco de más. Pero en ese estado también me confío en que son sólo un par de cuadras, y “qué va a pasar si nunca me pasó nada por este lugar”. Rechazo a Juan, que muy amablemente se ofrece a acompañarme hasta la puerta de mi casa, pero él ya hizo demasiado por mí y tampoco quiero ser una molestia.

Así que agarro el camino de siempre, esas calles que ya conozco de memoria, cuatro cuadras a la derecha y una a la izquierda. Me pongo los auriculares a ver si la música ayuda a relajarme, sé perfectamente qué canciones tengo que escuchar, de esas que me sé absolutamente cada palabra. Muy concentrada, cantando, paso por un negocio de ropa, me detengo un minuto y miro apoyada en el vidrio hacia el interior.

Cuando me separo veo en el reflejo un hombre parado en la mano de enfrente con los ojos clavados en mí. Me doy vuelta lentamente y sigo caminando, aunque ahora con un poco más de prisa. Me saco un auricular y giro la cabeza hacia atrás sin parar de caminar. Él todavía está ahí y comienza a caminar en mi dirección. Agarro mi celular, marco el número 911, sólo por las dudas. Sigo acelerando el paso y veo de reojo que él también.

Tres cuadras seguimos así hasta que escucho un grito, me estaba hablando a mí: “Hey, pará, por qué caminas tan rápido”. Ahora realmente estoy aterrada. Empiezo a correr, él corre atrás mío. Ahora es real, ahora no sé si vuelvo.

Seis son multitud

AzulGonzález Lanteri

Era septiembre del 2015 y me encontraba con mi familia por tomar el tren nocturno que partía a París. Tenía como último destino, la ciudad de Venecia en Italia. Como familia de clase media, habíamos reservado una habitación económica para los cuatro. El pequeño compartimento en donde debíamos dormir tenía seis literas, de las cuales cuatro estarían ocupados por nosotros y dos quedarían vacías. A las ocho de la noche subimos al tren. Había mucha gente, muchos idiomas. Cerca de nuestra pequeña habitación logré identificar a un grupo de estudiantes que

gritaban y se refán, parecía que estaban festejando el egreso. Cuando pude organizar mi valija para irme a descansar, una señora de aproximadamente 60 años llegó a la puerta y, con un inglés poco entendible, afirmó que la habitación en la que me encontraba, también era suya. La mujer provenía de Litoania, poco le entendía y poco me entendía ella a mí. Hablé con uno de los trabajadores del tren, que me explicó el error que se había producido con los vagones. Por esa razón, había uno menos de lo esperado y tuvieron que reorganizar a los pasajeros.

Entre la señora que se encontraba muda, asustada de estar con cuatro argentinos intentando acomodarse en un lugar inhóspitamente chico, y los estudiantes que se paseaban gritando por los pasillos del tren, mi mal humor era cada vez mayor. Pero eso no fue todo. Pasaron 15 minutos más, cuando una señora italiana, de cuerpo prominente y dos valijas tan enormes como ella, se asomó a nuestra puerta. No era su tamaño, ni su equipaje lo que más me molestaba de ella, sino su voz potente y su “scusa” cada vez que se chocaba con algo de la habitación.

Las cosas no podían ir peor, pero nunca me voy a olvidar al empleado del tren que, con una sonrisa, nos ayudó (o, más bien, nos salvó) y nos llevó gratis a primera clase, cantando y bailando por los vagones.

Franja de Gaza

Julieta Haboba

El 1 de enero del 2017 fui a Israel como viaje de egresados de la escuela judía. Ya el hecho de ir hasta allá me daba miedo, porque Israel siempre está en conflicto y generalmente con Palestina. Cuatro años antes había ido el grupo de mi hermana. Un día, haciendo las excursiones, a la media hora después de que volvieran del lugar donde estaban, cayó un misil, que destruyó gran parte del establecimiento.

Desde ese momento, tenía inseguridad de ir, pero a la vez pensaba que era una posibilidad única de conocer un lugar hermoso y con las personas que compartí más de 15 años.

Finalmente tomé la decisión y viajé. Estando en Israel todo me resultaba raro, no tenía miedo de que me roben ni me secuestren, pero sí de que caiga una bomba o venga un grupo de terroristas.

Cada excursión que hacíamos me daba miedo, hasta que llegó el día en el que fuimos a la Franja de Gaza, que es el límite entre Palestina e Israel. En ese momento no estaban en guerra pero siempre tuvieron conflictos, entonces nadie sabía lo que podía pasar. Estábamos rodeados de soldados que nos protegían y el guía nos hablaba apurado para poder irnos lo más rápido posible de ahí.

En esa media hora, no paraba de temblar, de mirar para todos lados. Tenía muchas ganas de irme pero también de quedarme, la estaba pasando mal y bien al mismo tiempo. Tuvimos la suerte de que no ocurrió nada, pero no puedo explicar el miedo que tenía en ese momento, pero también me daba paz y tranquilidad estar en el lugar donde estábamos protegidos con mis compañeros y en un desierto donde no había nada.

Anfibio

Delfina Iocco

Se podría decir que le temo a las sorpresas, a lo inesperado o a un hecho que me agarre desprevenida. Los choques, los asaltos o las caídas son, por lo general, imprevistos pero lo insostenible de todo es cómo reacciona el cuerpo ante el terror. Suda, chorrea, se paraliza, se entumecen los músculos y el mayor deseo de gritar se imposibilita, como en los sueños. Aquel chillido agudo, ahogado y sordo con el que crees aturdir, en verdad, nadie lo escucha. Solemos estar a solas en la ducha y allí es donde más susceptibles estamos. Expones el cuerpo con el fin de asearte y volverte más pulcra.

Como ritual, después de la playa voy a las duchas. Es tarde, estoy cansada, el mar te quita las energías. El camping duerme, puedo quitarme la arena y la sal. Tranquila y desnuda me cuido de no resbalar con el piso mojado. Abro la cortina para insertarme en el pequeño y desproporcionado cubículo. De pronto, algo verde de un salto me invade en el momento de máxima exposición de mi cuerpo. Algo verde con ojos desorbitados, áspero y como resquebrajado, de repente está por todos lados y salta hacia donde voy. Me observan y yo a ellos. Me observan, se expanden y se aparean. Tomo la toalla y huyo con la visión distorsionada.

Están en todos lados, incluso en mis sueños, donde no se puede gritar.

La clave para seguir adelante

Martina Ledesma

En la profunda oscuridad, Virginia y Simón sólo escuchaban sus voces. La agarró y la guió hasta una puerta que sólo él sabía dónde estaba. Al entrar se vio en un lugar sucio, con una ventana que dejaba entrar apenas un rayo de luz. Junto a una esquina estaba él, acurrucado. Simón se abrazaba a sí mismo, con sus débiles brazos. Muerto de frío, ella podía sentirlo.

—¿Ves?— Le dijo, apoyando sus manos en el hombre—. Así fue que morí.

—Pero mataste a tu esposa y, de eso, no estás arrepentido— dijo ella mirándolo con desprecio.

—Hasta el ser humano más cruel merece un perdón. No vale la pena cargar con el odio del otro.— susurró agarrando su mano y mirándola a los ojos—. En la vida se trata de seguir adelante lo más que puedas y perdonar a los que te hicieron daño. De ellos siempre aprenderás algo.

A Virginia se le caían las lágrimas por sus mejillas, la pena por él estaba creando un nuevo nudo en la garganta.

—Tenme compasión, hasta la persona más buena comete errores— dijo secando sus lágrimas. Cada vez se acercaba más a ella.

Ella lo miró y se impulsó hasta su boca. Lo terminó besando.

Él había conseguido lo que quería y ella había aprendido algo importante: perdonar no sólo libera toda carga y culpa del otro, sino también de uno mismo.

Simón había alcanzado su libertad, yendo así a una muerte eterna, aún no arrepentido de la muerte de su esposa. En alguna parte de su alma, seguía siendo cruel, ya que todo lo había hecho por conveniencia pero Virginia con su bondad, lo había salvado.

Lástima

Antonella Lerda

Cumplidos mis seis años y con el final del verano corriendo, estaba próxima a empezar la escuela.

Recuerdo el momento exacto en que mi viejo se acercó y me dijo que teníamos que ir al hospital para completar el calendario de vacunación. Ese instante fue culmine, incluso podría describir la ropa que estábamos usando, cómo estaba el clima o qué habíamos almorzado.

Me obsesioné tanto que a escondidas de mis padres busqué en libros, e incluso internet, cuáles eran las dosis que me faltaban, qué enfermedades prevenían, cuál era la escala de dolor y hasta si eran necesarias o podía prescindir de ellas.

Traté de sumergirme en la aceptación, sabía que –aunque quisiera evitarlo– tenía que entregarme a ese sometimiento tan perturbador. Comencé a ver jeringas por todas partes, estaban en cada cosa que miraba y en cada rincón de mi mente. No podía concebir la idea o la imagen de una aguja penetrando mi cuerpo, traspasando las capas de mi piel, metiéndose dentro mío; ajena, drenando líquido. La noche previa no pude dormir y cuando lo lograba tenía pesadillas que me despertaban agitada y con ganas de llorar.

Revivo esa mañana, evoco ese momento en que entré a ese lugar tan frío, tan poco vivo, tan verde hospital. Mis manos empezaron a transpirar y lo único que escuchaba eran los latidos de mi corazón golpeándome tan fuerte el pecho. El olor, ese caldo de mediodía, lavandina y desinfectante, ese que tienen los enfermos.

Llegué a la sala de enfermería con los ojos ya empapados de lágrimas y el cuerpo temblando. Una enfermera robusta y de baja estatura – casi la reencarnación de un bufón de Alicia en el país de las maravillas – dijo mi nombre y entré.

Era un cuartito de *durlock* donde apenas entrábamos los tres, había una camilla y estaba rodeada de gasas, alcohol, algodón, jeringas y frascos. Eran tantos que parecía una provocación, se venían sobre mí.

El radio de mi bracito le permitía a la mujer dar toda la vuelta dos veces con su mano enorme. Me sacó la remera y empecé a llorar cada vez más fuerte.

Me decían que había más gente esperando, que no tenían todo el día, que la vacuna perdía la cadena de frío.

Mi viejo le dio la orden asintiendo con la cabeza y miró para otro lado. Yo no paraba de moverme y le pedía por favor que se aleje. Mis nervios se dispararon

completamente cuando vi que le bufón estaba furioso y me quería pinchar cuanto antes, me quería lastimar.

Finalmente se abalanzó sobre mí, agarro con toda su fuerza mi brazo frágil, pálido, nerviosos y acercó rápidamente la jeringa ¿Rápidamente?

Sentí que ese momento transcurrió en carama lenta, duró siglos.

Un segundo antes de llegar a mi piel, moví mi cuerpo bruscamente e hice que, en vez de pincharme, la aguja se introdujera de lleno en uno de los dedos de la enfermera, quien no se percató hasta que comenzó a drenar el líquido por su propia mano.

Lloré antes, durante y después. Nos echaron del hospital y tuvimos que pagar la vacuna que no usé, le enfermera me puso mi camiseta bordó y me pidió que salga de la sala y que vuelva cuando sea valiente.

Me fui con angustia agobiante, sabía que en algún momento tendría que volver.

El miedo y yo

Alexis Martín

Un acontecimiento que viví hace mucho tiempo me marcó de por vida. Caminaba por una calle oscura y desolada frente a un cementerio cuando, de repente, se escuchó un estremecedor ruido. En ese momento se me cruzaron por la cabeza miles de cosas que podrían haber pasado.

Salí corriendo, mirando con miedo para todos lados. Llego a mi casa, entro agitado y asustado por el estremecedor ruido que había escuchado. Estaban mis padres. Trataron de consolarme y tranquilizarme, me preguntaban qué era lo que me pasaba.

Entre el susto, les conté qué me había pasado y, en ese momento, salieron para calle desolada fuera del cementerio.

Al llegar, ven al sereno asustado por un hecho similar. Mis padres intentaron ayudarlo, pero él se negaba a cada insistencia. Llamaron a la policía.

Cuando la policía llegó al lugar, se encuentran conmigo asustado, mis padres intentado ayudar al sereno, el sereno negándose a la ayuda. Los agentes intentaron calmarnos a todos y se preguntaban si era posible que haya ruidos en el cementerio.

Investigando, buscando, llegaron al depósito, donde se encontraban los cuadros y floreros de los nichos, tirados. Eran de bronce, por eso el gran ruido que habíamos escuchado.

Buscando un poco más de pistas de quién había causado ese desorden en el cementerio, encontramos un par de zapatillas en el piso. En ese momento, la policía recuerda que anteriormente, se habían encontrado con unos chicos, uno de ellos descalzo. Iban por la calle, con unas cajas en las manos que se opusieron a mostrarles a la policía.

Mentiras

Francisco Miguel Martínez Sanjurjo

Érase una vez, en el banco provincia de 7 y 54, se cruzan en la cola Franco Macri, Donald Trump, el Papa Francisco y una docente. Era un día de verano, a las 10 de la mañana, con el sol dando justo en ese lugar de la fila, que no se movía.

—Esta cola no la mueve ni dios— dijo el Papa

—Haré estallar todo— avisó Trump – soporto más a Putin— terminó.

—Cuando compre este lugar no tendré que hacer nunca más la cola— se quejó Franco

—Cobro dos mangos por intentar enseñarles algo a unos pibitos que ni me escuchan y encima, tengo que soportar esta cola – balbuceó la docente.

Los cuatro hablaban solos, hasta que Macri comenzó a negociar.

—¿Señora a que se dedica?— le preguntó a la docente

— Soy maestra— respondió ella.

—Buenísimo, le ofrezco dos mil pesos si me deja su lugar en la fila— le dijo el burgués.

—¿Cómo?— respondió la mujer

—Sí, seguro está haciendo esta fila por lo mismo o menos de lo que le ofrezco— le ofreció mientras saca su billetera.

— No acepte señora, es pecado— opinó el Papa Francisco que no pudo evitar escuchar la conversación.

—Señora, le ofrezco dólares— dijo Trump desde el final de la fila.

Encabezando la fila, la docente trataba de hacer oídos sordos a los tentadores ofrecimientos.

—Rezare por usted todas las noches y tendrá una gran vida, si es que me deja su lugar hija de dios— le ofreció el pontífice al oído.

—¿Enserio?— le respondió la docente riéndose.

—¿Cómo? ¿Usted no cree en Dios?— le dijo Francisco ya medio enojado.

— Muy poco— le respondió la mujer de manera muy dubitativa.

— Se irá al infierno entonces— le dijo el cura ya muy enfadado.

Al ver a Francisco ofendido por las actitudes de la maestra, Franco y Donald se pusieron de acuerdo para hacerle un ofrecimiento más que tentador.

—Señora, acá con mi amigo Frank, le ofrecemos cuatro mil pesos y ochocientos dólares— le mencionó el presidente de los Estados Unidos

— Está bien, les dejo mi lugar, pero a cambio de que me depositen ese dinero ahora— dijo la señora ante el tentador ofrecimiento.

La docente le deja su lugar a Macri y Trump.

—Inocente empleada, como siempre pasa, se comió el cuento del político— argumentó Franco Macri riéndose.

—Pasemos rápido, así cuando nos vayamos, nos vamos con el dinero y nos podemos reír de ella— contó Donald con humor.

Luego un rato, la mujer sigue en la fila esperando su turno, mientras que el burgués y el estadounidense ya habían entrado hace rato. De repente, vio salir a los dos y los llama.

—¡Mas les vale que me hayan depositado el dinero!— gritó la docente.

Al escuchar ese grito, Trump y Macri comienzan a reírse.

—¿Señora, enserio se creyó el cuento de estos dos políticos?— gritó Macri.

—¿Cómo? ¿Qué hicieron?— respondió la maestra.

— No le depositamos nada mujer, nunca se crea el cuento de un político— le respondió Donald Trump.

Y así fue como ambos se fueron burlándose de ella. Pero, fue una lección, porque por más creíble que sea el cuento del político, sin importar el partido político, nunca hay que creerle todo lo que este dice.

Fútbol y rock

Benjamín Martos

Una mañana de sol me dirigí al Banco Provincia a buscar un poco de plata para poder comprarme la camiseta de la selección argentina a pocos días del mundial.

Hacía minutos Sampaoli había anunciado a los 23 jugadores que viajarían a Rusia a disputar los partidos. En mi celular, venía observando con detenimiento cada nombre. Al llegar a la cola del cajero me encontré a un señor quejándose; Donald Trump.

—¿Qué pasó Donald?— le pregunté.

—Estás colas argentinas son una porquería— respondió.

—Debe estar saturado el sistema— quise explicarle.

—Entonces cambien el sistema— me protestó Donald.

—No me convence mucho el 2-3-3-2, pero hay que tener fe— respondí cambiando de tema.

—¡Uh, ni me hables! Que no nos cobraron un gol que no fue y nos dejaron afuera— protestó Donald con bronca.

—Y a nosotros nos salvó Lionel— le dije.

—Sí, lo que vos quieras, pero con ese pelado no van a llegar a ningún lado.

El cielo comenzaba a nublarse en cada palabra que pronunciaba Trump. Una señorita, de unos 30 años, interrumpió la conversación. De pelo castaño hasta los hombros y el flequillo rozando las cejas, llevaba una remera negra con la palabra OKTUBRE en letras rojas.

—Donald, no me discuta al pela. Me gusta el estilo. Mirá no se si no me gusta más que el rock- dijo la señorita.

El cielo volvió a brillar y detrás de la mujer se iluminó la cara de Francisco.

—Señorita, usted da clases a mi sobrina en Bellas Artes, ¿no es así?— preguntó el Papa.

—Claro que si Francisco, al parecer, siempre tengo a mi lado a mi Dios— se rió ella.

—Tenemos a Messi - interrumpí volviendo sobre el tema.

—Por suerte mi niño, va a haber lío— dijo Francisco.

—Ese Messi juega en el Barcelona nada más, con la selección es un caballo— dijo Donald.

—Pero no señor, yo no lo cambio por nada cuando empieza a cabalgar— respondió la señorita.

—Ya perdieron tres finales seguidas— dijo Donald burlándose.

—A veces se gana, a veces se pierde— reflexionó la docente.

Donald decidió retirarse de la cola y subir a su camioneta. Francisco también se despedía y la señorita le grito:

—¡Dios es todo!

—Imaginate cuando Lionel esté levantando la copa— la interrumpí en su grito.

—¡Maldición! Va a ser un día hermoso— dijo la señorita con ánimo.

Decidí no esperar más en la larga cola y volver al otro día, quizás habría menos personas. Antes de retirarme le mostré mi tatuaje de Messi y me despedí.

—Uf, que bueno. El mundo es tan chico viejo, sin embargo nunca supe de alguien como vos— la escuché decir mientras me alejaba.

Caminé unos 15 metros, pero al escuchar un grito me di vuelta.

—¡Mi único héroe en este lío!—.La señorita se puso de espalda y levantó su remera, la cara de Messi y el Indio estaban tatuadas en ella.

La gaspi fiesta

Enzo Miceli

Erami viaje de fin de curso, estábamos en el séptimo día y a la noche, como es usual, teníamos una fiesta. El boliche era Grisú y, la temática, era ir disfrazados bizarramente, logrando así que la fiesta sea aún más divertida, pero esa noche nada fue divertido.

Me encontraba en la habitación 608, en ésta estábamos tres amigos más y yo, eran alrededor de las diez de la noche y teníamos que bañarnos y tomar alcohol antes de las doce, ya que a esa hora salía el micro para el boliche. El apuro era tan grande que mientras nos duchábamos teníamos un vaso de Fernet y Sprite (si, nos habíamos quedado sin Coca-Cola). Luego de estar los cuatro bañados, comenzó la previa, la peor previa de mi vida.

Una vez que ya estábamos todos un poco ebrios y listos para salir a la fiesta, ocurrió un acto del cual, hasta el día de hoy, recuerdo y me arrepiento sobre la acción que hizo mi amigo, me explico. Enzo (si, se llama igual que yo) estuvo

golpeando los días anteriores la pared que daba a la habitación de al lado, haciendo así que los chicos que se encontraban en esta no podían dormir. Éstos nos amenazaron con que si Enzo no dejaba de molestarlos nos iban a sacar las pulseras de los boliches. Mi amigo aceptó y dejó de hacerlo, pero la noche de la fiesta bizarra, al parecer, Enzo no se pudo controlar y le pegó a la pared, de nuevo. En ese momento no tenía idea de lo que estaba por pasar.

En un momento de la previa salgo de mi habitación y me dirijo a la otra, era una pieza donde estaban otros amigos y casualmente, era la habitación donde Enzo golpeaba la pared, o sea, la de al lado.

Entré a la previa y vi que todos me miraban un poco raro, yo no entendía por qué y les pregunté qué pasaba. En ese momento me toqué los ojos, mis amigos me dicen: Te tiramos gas pimienta en el picaporte. Al instante me comenzaron a arder los ojos porque me los había tocado con la mano que había agarrado el picaporte gas pimentado.

En ese momento estallé de furia, mi ira era increíble. Fui a encarar a mis amigos y me pararon. No nos pegamos porque nos separaron. Mis ojos me ardían mucho, quemaban. Lo único que quería era que me den una cuchara y sacarme los ojos para así, dejar de sufrir.

Me llevaron con un médico y este me dijo que tenía que ir al hospital, que me iba a perder la fiesta. Fui para el hospital y me dijeron que no era nada grave, que podía ir al boliche, pero lo último que quería hacer era ir allí.

Fui a la fiesta, pero no estuve más de veinte minutos y me volví al hotel. Llegué a mi habitación con mucho mal humor, hacía tiempo no me pasaba estar enojado. Pensando en lo que había sucedido, me crucé con mi amigo y compañero, Facundo; me dijo: —Boludo, ¿Vos con qué te diste? Fumaste una bocha.

Ojalá hubiera tenido los ojos rojos por haber fumado y no por el gas pimienta.

Amor, estrategia y reflexión

Camila Miranda

Virginia se ruborizó al recordar lo sucedido con el fantasma de Sir Simón, al quedar solos en una habitación.

Recuerda el momento previo al encuentro y el miedo que tenía, pero no se arrepiente. Se llevó una linda sorpresa y una reflexión para tener en cuenta en su vida.

Al entrar al cuarto, él la esperaba. Inmediatamente, luego de que Virginia ingresa, la puerta se cerró.

El fantasma le dedicó unas palabras sobre el amor, las oportunidades de la vida y cómo las personas no las aprovechamos por miedo e inseguridad. Simón le dice que no le tema al amor, que es un sentimiento hermoso y puro cuando es genuino y es correspondido; que salga de su zona de confort, que tome riesgos, que no se deje llevar por opiniones ajenas.

Ella, al escucharlo, no podía evitar llorar. Lloro porque todo lo que escucha la hace reflexionar, preguntarse y cuestionarse su vida entera.

Se da cuenta que no ama verdaderamente al duque, su prometido. Desea dejarlo.

Sir Simón toma forma humana, la abraza y le recomienda que entregue su alma, que se deje llevar por sus sentimientos y convicciones. Él la ama, está totalmente enamorado de ella.

Simón tenía como misión generar un quiebre en Virginia. Decide declararle su amor, se irán espiritualmente juntos.

Él la besa.

Dentro de la inmensidad

Milagro Moralejo

Una vez que Virginia y el fantasma se encontraran en un lugar que va más allá de la pura descripción en palabras (debido a la imposibilidad de poder describirlo, ya que no se puede descifrar muy bien lo que pasó). En realidad ninguno de ellos dos tuvo la capacidad de interpretar qué sentían el uno por el otro.

Lo que si sucedió es que, cuando se encontraron los dos solos en ese lugar, la infinidad del tiempo no la percibían de la misma forma. Lo único que importaba era esa conexión en la mirada, el cuerpo, la respiración y los sentimientos que percibían en conjunto.

Virginia ayudó al fantasma como bien le había prometido, pero en sus palabras y las oraciones que debía dictar, había un sentido de lástima y culpa. Muy en el

interior de su ser, aunque no estuviera segura, ella no quería que Simón se fuera. Él tampoco quería irse luego de conocer más profundamente a la niña, pero era una cuenta pendiente que tenía, necesitaba y deseaba descansar su mente de todas las atrocidades que lo atormentaban estos últimos seiscientos años. Aun así, él estaba convencido de que la volvería a ver en algún momento, sin saber exactamente cuándo.

De repente y sin previo aviso, el fantasma se esfumó en el aire, depositándole un beso suave en la frente a la pequeña, que había sido la persona más dulce que conoció en los seis siglos vividos.

Virginia quedó sola, perdida, turbada y, por sobre todas las cosas, enamorada del fantasma. Al mismo tiempo que la niña continuaba ensimismada en sus pensamientos, se abrió de a poco una puerta. Fuera de esta se vislumbraban figuras, un poco borrosas. Los cuerpos irreconocibles para Virginia, emitían voces, la estaban reclamando, pero ella no podía moverse o tal vez no quería.

Loma de burro

Álvaro Moreno

Habíamos planeado este viaje con seis meses de anticipación y las expectativas eran enormes. Cruzar todo el norte del país en nuestras motocicletas y llegar hasta Máncora para disfrutar el verano; era una manera de comenzar el año con el pie derecho. Éramos seis los integrantes de este pequeño, pero unido grupo. Nos juntábamos cada jueves para habar de motos, las carreras y, al final, dar una vuelta por la ciudad, tipo caravana.

Partíamos desde Lima hasta Trujillo a las 4:00 am de un lunes. El trayecto por la ruta estuvo tranquilo, paramos un par de veces en autoservicios para llenar combustible y comer algo mientras llegábamos. Habíamos manejado durante 11 horas a una velocidad de 140 km/h a 90 km/h, en la mayoría del trayecto.

Por instantes, sentía que me faltaba seguridad para acelerar mi motocicleta, pero debía mantener la calma para evitar algún accidente, ya que la ruta estaba llena de vehículos pesados y que, la mayoría de las veces, eran los culpables de las muertes de nuestros hermanos.

Faltaban unos 10 kilómetros para llegar, la ruta estaba nublada, era mucho el esfuerzo para poder distinguir qué teníamos de frente. Empezó a caer una lluvia muy intensa, y así, se dificultó mucho más el trayecto.

Tal vez fue un momento de estupidez o descuido, que aceleré mucho la motocicleta para adelantar a mis compañeros y no me percaté de que tenía por delante una loma de burro, muy grande para pasar ileso. No me dio el tiempo ni la distancia para frenar y, pensándolo bien, me ganaron los nervios, así accione el freno de emergencia tan fuerte que la cola de la moto se elevó y salí disparado por los aires. Caí, rodé y fue tan fuerte el impacto que no recuerdo más hasta que recobré el conocimiento en una clínica cercana. Mi padre había llegado hasta donde me encontraba, tenía los brazos llenos de heridas con una ligera capa de sangre. Me había arrastrado tal vez unos 10 metros en el asfalto. Mi ropa deportiva destruido totalmente.

Mi padre me comentó que la moto se había destruido totalmente y que yo estaba fuera de peligro. Después de todo, tuve suerte de que ningún auto me haya pasado por encima.

Después de un par de días en el área de observaciones, por fin me dieron el alta y regresé en la camioneta de papá a casa.

Fue un poco triste el trayecto a casa, mis compañeros de viaje, quienes se quedaron conmigo hasta que me encontré mejor, habían organizado una bienvenida para festejar que estaba vivo.

El circo impredecible

Aldana Ochotorena

—Dale, Esteban, metele que el banco cierra a las tres.

El conductor sube la velocidad, un poco por encima de lo permitido, sin titubear. No le preocupa, las multas son cosa de pueblo. En otra situación se atendería a las normas, pero llevando a Franco Macri, ¿qué puede pasar?

Son las 14:38. De traje y anteojos de sol, el padre del presidente de la Nación se baja de su auto privado en la esquina de 6 y 46, en La Plata.

—¿Seguro que no quiere que vaya yo?— le consulta Esteban por sexta vez.

—Seguro, querido— contesta el empresario y suspira. —Esto lo tengo que hacer yo.

Macri camina hasta la puerta del Banco Provincia, sin prestar atención, mirando el celular. Esteban, su asistente multiusos que lo acompaña hasta al baño, no le saca la mirada de encima. La fila llega hasta afuera del edificio.

De repente Franco se choca con un hombre, alto, canoso, que lleva una especie de bata blanca gruesa.

—¡Disculpe, señor! No lo vi— se disculpa con sonrisa compradora. —¿Necesita una ma...?

El señor se da vuelta, con una parsimonia muy propia de la gente mayor. Lleva una enorme cruz de metal en el pecho.

—¡Su Santidad!

Es el mismísimo Papa Francisco.

—Señor Francisco, un gusto, soy Franco Macri. ¿A qué debemos tan grata visita?— la sonrisa hipócrita disimula su tensión.

—Hola, ¿qué tal?— lo saluda el Sumo Pontífice con un apretón de manos. —Estaba en la ciudad, vine a dar unas conferencias sobre la vida y...

—Ah, sí, sí, muy importante eso— lo interrumpe Macri. —Ahora que mi hijo empezó con este tema del aborto, vio. La verdad, yo le insistí en que lo evitara, que lo dejara para el próximo mandato, pero la presión social es terrible...

—Disculpen que les interrumpa la charla señores, eh, pero ¿se pueden adelantar? Algunos por acá trabajamos y estamos apurados, ¿vieron?

Es una joven de veintitantos la que habla, con tono sarcástico. Lleva un delantal, de esos que usan las maestras de jardín, y atado a su mochila tiene un pañuelo verde.

—Perdone, señorita— el Papa nunca deja de sonreír. Empieza a caminar. Lento, muy lento.

—¿No quiere que lo ayude, Su Santidad?— consulta Macri, edulcorado.

—No, no, yo puedo solo— Francisco ríe. —Estoy grande pero tampoco tanto, che.

—Insisto, señor.

—No, no, en serio, puedo so...

—Agárreme del brazo— Macri insiste y Francisco cede.

—Señores, perdonen que los vuelva a molestar, pero ya que está el señor Francisco acá - la joven vuelve a interrumpir— le quería consultar, con todo respeto, por qué la Iglesia está en contra del aborto.

—Bueno, me toma un poco por sorpresa la pregunta— contesta el Papa, tranquilo pero visiblemente sorprendido. —Ahora no tenemos mucho tiempo, es un tema muy complejo, pero...

—Es una cuestión moral, chiquita— interrumpe Macri, otra vez. —Mirá, vos no podés andar por la vida matando bebés...

—Señor, usted no me hable de cuestiones morales— replica la joven, con tono irritado. —Soy maestra jardinera, y gracias al gobierno de su hijo mi sueldo es una miseria. Vengo acá a pedir un préstamo porque si no, no llego a fin de mes.

—Lo que haga mi hijo no es responsabilidad mía...— se interrumpe porque no se escucha. Un sonido infernal invade el ambiente, como de helicóptero, pero muy cercano.

Efectivamente, al mirar hacia arriba, se ve un helicóptero aterrizando en el techo del banco. Todos en la fila se miran, anonadados.

Rápidamente varias personas salen del Banco: seis hombres vestidos de negro, y entre ellos, un señor rubio, de traje, con evidente bronceado artificial.

—Me han dicho que por aquí puedo probar hot taquitos.

—¡Presidente Trump!

Donald Trump, presidente de Estados Unidos, se presenta ante ellos con una desfachatez digna de ser observada. Franco Macri lo saluda, con una sonrisa en el rostro más edulcorada que nunca.

—I am so pleased to meet you!—Macri usa un inglés exageradísimo. —Butwhy are youhere?

—Hablo español, no se preocupe— contesta Trump, en un castellano forzado. —¿Y usted quién es?

—Franco Macri, señor, un gusto— estira la mano para un apretón pero los guardias no le permiten acercarse. — Soy el padre del presidente Macri.

—Oh sí, oh sí, lo conozco. Un gran presidente, aunque no tanto como yo— los guardias ríen . —Pidió un crédito al FMI, yo se lo recomendé. Pero no estoy aquí por asuntos políticos. Deseo construir una de mis TrumpTowers en la Argentina, y busco un buen lugar.

—Yo conozco muchos, señor. Cuando quiera puedo ayudarlo— contesta Macri, condescendiente.

—Oh, thankyou, gracias.

La joven maestra se acerca, impaciente.

—¡Señores, por favor!

—Oh, hola, señorita— Trump se abre paso entre los guardias, con tono seductor -. Es muy bonita usted.

—¿Perdón? ¿Qué?— hace una mueca de disgusto y sigue, enojada. —Bueno, señores, no sé qué es todo este circo pero el banco va a cerrar así que si me permiten voy a pasar.

La maestra sube las escaleras del banco. Tres y media tiene que estar en su otro trabajo y no iba a permitir que un grupito de burgueses le haga llegar tarde. Pero, cuando llega a la puerta, un hombre de traje sale y la cierra en su cara.

—Pero, ¿qué pasa?— la maestra habla, muy confundida mientras el resto murmura.

—Señorita, son las tres de la tarde. El banco cerró.

—Yo no lo puedo creer— la joven baja las escaleras con mucha velocidad. Ahora sí, completamente furiosa. — Señores, espero que estén contentos. Si antes no llegaba a fin de mes, ahora sin el préstamo me voy a quedar en la calle. Gracias, ¡muchas gracias!

Sale caminando la maestra, a paso veloz y seguro hacia el lado de calle 7, mientras de su mochila saca su tarjeta SUBE.

—Oh, sorry, lady, puedo llevarla en mi helicóptero— intenta retenerla Donald.

—Prefiero caminar, gracias— responde la joven con una risa sarcástica.

—¡Que Dios la bendiga!— la saluda Francisco.

—Okay, no hay nada que hacer aquí, me retiro— dice Trump. —Hasta la vista, señores.

Un guardia saca una llave, abre la puerta del banco y entran rápidamente. Tan repentina como su llegada es su salida.

—Bueno, Su Santidad, ¿lo llevo a algún lado?

—No, no, gracias Franco. El Papamóvil debe estar por lle...

—Acompáñeme, señor— Macri le hace una seña a Esteban y en unos segundos él los alcanza. —Suba, suba tranquilo.

Macri abre la puerta, caballeroso, y Francisco entra al auto. Pero antes de entrar, saca su celular y graba un audio de *WhatsApp*.

—Mauricio, preparate un salón y una buena comida. Limpiá la bandera papal. Te tengo una sorpresita.

Los monstruos viven muchas veces en casa

Macarena Orbe

Verano de 1982. A mis 15 años lo único que me importa es mi pelo, juntar las monedas de los vecinos para comprarme esmalte. Enganchar en la radio el programa de las cuatro de la tarde donde pasan solo rock. Soy hija de tanos. Mi papá odia esa música, le parece solo ruido. No entiende nada.

La sensación de piel de gallina que esta hermosa unión de elementos musicales me hace sentir es única. Nada me eriza la piel de esa forma. Bueno, en realidad si... Pero no esa piel de gallina de excitación, sino la de horror.

Soy una adolescente tipo. Voy a la escuela por la mañana. Al mediodía mamá, ama de casa, me espera con la comida. Como también me esperan una parva de tareas hogareñas, que por ser mujer me correspondían. Lavar los platos, regar la quinta, hacer algunos mandados, ayudar a hacer la cena. Mamá, a cambio de cumplir, me prestaba su radio para escuchar mi programa. A escondidas de papá, obvio. Le digo papa, porque es su jerarquía en la familia, pero por el miedo y respeto que le tengo, debería llamarlo por su nombre: Valentino.

Valentino es un inmigrante italiano, que tuvo que huir de su amado país por la guerra. Con tan solo 16 años, mi padre fue el subido por su madre a un barco, el primero donde consiguió lugar, el cual llegó a Argentina, acá vivió en un granero un tiempo. Se hizo trabajando duro. Gracias a que nunca bajó los brazos, hoy puede darse lujos como casa propia y poder viajar a ver a sus hermanos. En la desesperación y necesidad de huir de Italia, los cuatro hermanos fueron separados: los dos varones llegaron a Estados Unidos, la mujer a Australia.

Mimamá, a pesar de haber tenido que dejar el país, tuvo la suerte de poder hacerlo con sus padres. Una vez en Argentina, a los 16 años, conoció a mi padre. Se casaron. Me tuvieron a mí, que soy la del medio, y a mis dos hermanos varones.

Vivíamos con mis abuelos paternos, María y Giovanni. María era muy dominante. Llevaba el orden y las cuentas de la casa. Aunque ella no trabajaba, controlaba los ingresos de mi padre. Cuando María falleció por un paro cardio-respiratorio, alguien tuvo que ocupar su trono. Ahí apareció Valentino. Después de vivir reprimido por María, 16 años, explotaba de sed de control.

Él es el cabecilla, el controla todo: elige qué y hasta cuánto comer, que actividades debe realizar cada uno. En este dominio estábamos todos, incluso mi abuelo Giovanni, que ya con 70 años no tiene ánimos de que le digan qué hacer y qué no. Se llevaban como perros y gatos.

La mañana del 15 de enero hubiese deseado haber tenido clases. Maldito receso vacacional.

Papá no estaba, así que me di el lujo de levantarme a las 10. Desayuné, no había nadie en casa... que raro. Vivíamos en un primer piso, mi abuelo casi no podía caminar. Estaba en el patio seguro. Después de lavar mi taza decidí ir a ver dónde estaba el viejito... ¿Para qué?... Salgo al patio, teníamos una arcada donde iba una reja que hacía tiempo se había roto y nadie había arreglado, total servía solo para separar el patio de mi casa de la quinta.

Encontré a mi abuelo. Ahí estaba, colgado. Ahorcado con su cinturón de la arcada. Se me heló la sangre, se me pusieron los pelos de punta, la piel de gallina, esta vez no como con "mi música". Temblaba como un papel. Se me cerró la garganta. Quise gritar. Creo que no emití sonido. Salí corriendo. Me encerré en la pieza. Me senté en la esquina. Lloraba. Sentía la respiración pesada. Habrá pasado una hora hasta que mi mamá llegó. Oí su grito. Yo no podía hablar. Mi abuelo había decidido quitarse la vida.

O... ¿Se la habían quitado? Es horrible pensar esto, pero mi padre vivía diciéndole que ojalá muriera. Me fue inevitable pensar esto.

Declaré con la policía. Fue considerado suicidio.

¿Sueño o realidad?

Rocío Ortega

Me desperté y estaba casi todo el mundo durmiendo. Miré el reloj y eran las once de la noche. Seguíamos volando y hasta dentro de cinco horas no íbamos a llegar a Barcelona.

El avión estaba a oscuras y solo mi pantalla era la que estaba encendida. Me hallaba buscando alguna película para ver, necesitaba que mi viaje fuese más entretenido y menos preocupante. Si bien estadísticamente hay menos incidentes aéreos que terrestres, el volar era algo que me causaba intranquilidad.

Al cabo de unos minutos más me decidí por *Forrest Gump* pero increíblemente el sistema no funcionaba. “Las compañías aéreas que elige mi empresa son las peores”, pensé, mientras me acomodaba nuevamente en una posición que me ayudara a recuperar el sueño.

Fue en ese instante que sentí terror. Vi a las azafatas correr de un extremo a otro del avión, despertando a los pasajeros y pidiéndoles que se coloquen el cinturón. De la misma manera me despertaron a mí, sacudiéndome. Aunque no recuerdo con claridad si me había vuelto a dormir.

Todos gritaban. El avión se movía y pude escuchar el ruido de una tormenta. A su vez, oía la voz del piloto que daba todas las precauciones que se debían tomar por el altoparlante. De repente cayeron las máscaras de oxígeno y pude ver el mar cada vez más cerca. Cerré los ojos con fuerza.

Desperté. Una azafata me estaba sacudiendo.

—Señorita— me dijo.—¿Viaja usted a Barcelona? Es la última llamada.

Le agradecí y salí corriendo. No volví a tomar ansiolíticos nunca más.

Un mismo amor, desde otro cuerpo

Lourdes Oss

Luego de que Virginia permaneciera desaparecida por veinticuatro horas, provocando el día más largo para su familia, se atrevió a escribir en su diario:

“Querido diario, no puedo explicar lo que siento en este momento. Estoy enamorada y me encuentro asustada por ello, ¡sí, asustada! ¿Cómo explicarle a mi familia que me enamoré de un fantasma?

Hace varias semanas que Simón y yo veníamos seduciéndonos, las charlas por las noches fueron de gran ayuda para que la seducción se transformara en amor, un amor que traspasa todo tipo de fronteras.

Ayer, luego del beso, acepté ayudarlo, mejor dicho ayudarnos. Ambos somos conscientes de que si este amor sale a la luz mi familia me enviaría a Estados Unidos, impidiendo esta relación.

Quedé estupefacta al escuchar su propuesta, pero no puedo negarme a la felicidad y quizás con el tiempo llegue a amar a Cil como amo a Simón, pero no puedo desperdiciar el hoy, dejar que los días pasen sin él a mi lado.

El plan sería el siguiente, después del entierro, para no levantar sospechas, Simón reencarnaría en Cil, coincidiendo también con la fecha de aniversario de fallecimiento de mi amado.

Por otro lado, y si en algún momento me atrevo a entregarte esta redacción, espero puedas perdonarme Cil. Hoy no soy capaz de mirarte a los ojos y decirte que no seré la madre de tus hijos. Te quiero mucho y siento que no mereces esto, pero la vida es hoy. Dios quiera puedas encontrarte otra vida llena de amor, un amor igual de fiel que el nuestro.

Virginia Otis

Oliver Twist

Catalina Pereyra

Era una mañana fría con la siempre presente niebla en la ciudad gris de Londres, cuando Oliver había sido enviado por Sikes –quien lo había vuelto a capturar para que formara parte de su pandilla– a robar.

Él ya estaba cerca de su objetivo, pero perdido de este por el hambre que tenía, decidió acercarse a un puesto de frutas y verduras a mendigar algo para saciarlo. Aquí lo atendió una mujer que parecía estar a punto de desvanecerse, su palidez y malestar se podían notar debajo de la suciedad de su rostro, sus manos delgadas y embarradas no dejaban de temblar, tenía una mirada perdida y la voz no le salía.

Estas cosas preocupan a Oliver, pero no desistió y volvió a insistir para poder comer algo. La mujer tomó una fruta, en cámara lenta y con un esfuerzo sumamente notable se le acercó al niño, quien la tomó de manera tan desesperada y bruscamente que la mujer terminó de perder la poca estabilidad que le quedaba, se desmayó y al caer golpeó su cabeza fuertemente contra la punta de una piedra, lo que provocó su muerte.

La gente de su alrededor, creyendo que Oliver la había ahorcado para robarle mercadería, lo culpó de lo sucedido y fue llevado a la horca. Estaba muy asustado, con una sensación de opresión en el pecho que inundaba todo su cuerpo, pero a la vez pensaba que esto sería lo mejor de su corta vida, ya que no encontraba motivo alguno para vivirla.

Un banco con gente diversa

Tomás Porta

8.30 de la mañana en el Banco Provincia. El mes arrancó hace pocos días y hay numerosas colas en todos los bancos. EN este en particular se encuentran solo 4 personas. Todos hombres, pero de características muy diferentes. El cajero poco a poco se desconcentra de su trabajo y empieza a analizar el aspecto de cada uno de ellos y sus conversaciones.

—Señor Trump, es un placer— dice el empresario Franco Macri. —Mi hijo, Mauricio, sigue mis pasos y vendió a un jugador al Real Madrid por 27 millones de euros.

—The Real Madrid es a very good club y eso es una gran cifra, sin dudas— contesta el presidente de los Estados Unidos con un español algo cruzado con palabras estadounidenses.

Estos dos personajes vestidos con lujosas prendas, luciendo relojes marca Rolex y llevando cada uno un maletín en su mano, continúan conversando acerca de inversiones. Allado de ellos, se puede ver a un trabajador de más o menos 40 años que viene a pagar el alquiler del mes. En él se puede notar cierta cara de preocupación al escuchar las escandalosas cifras de dinero mencionadas por los hombres que tiene delante suyo.

—Si supieran que un docente promedio de suerte puede llegar a fin de mes— susurra al aire.

—¡Ni hablar de la pobreza mundial!— le responde una voz de atrás. —Pero bueno, uno hace lo que puede para ayudar a los pobres y quizás, ocurre esto porque Dios lo quiso.

—¿Cómo porque Dios lo quiso?— dice el docente mientras se da vuelta tras escuchar una serie de palabras que generaron un fruncimiento en sus cejas de forma instantánea.

—¿De qué pobreza mundial hablás?— pregunta Franco Macri, interviniendo en la conversación . —Con los 27 millones dudo que el club quiebre y, si el club no quiebra, el mundo tampoco. Boca, la empresa y mi familia son mi mundo.

—¡Oh, Boca Juniors! That's un muy reconocido team— acota Donald Trump, algo desconcertado. —Deberían traerlos a los Estados Unidos, sin dudas estamos haciendo las cosas excelente y seguro les va a encantar.

El empresario argentino y el estadounidense comienzan una charla aparte, pero la del Papa y el trabajador continúa.

—Me hablás de que Dios así lo quiere mientras te sentás en tu silla de oro— dice el cuarentón mientras se agarra la cabeza y se muerte los labios. —De no creer lo tuyo.

—No... bueno... no es tan así— responde el anciano que reside en el vaticano. —Lo entenderías mejor escuchando la palabra de Dios y leyendo La Biblia.

A todo esto, el cajero, cansado de esperar y de escuchar argumentos que, para él eran algo tontos, decide agarrar sus cosas e irse a tomar un café para relajarse un poco.

La alegría del encuentro

Manuela Ríos

La mañana del 30 de abril, la fila de personas que se agolpaban tras las puertas del Banco Nación se volvió infernal. Como cada día, me dispuse cerca de la entrada con mi carrito, que desde temprano emana su olor característico a café con leche, y saludé a los clientes que me conocen ya de memoria y me esperan para tomar su desayuno mientras van camino a su trabajo.

Mientras esta rutina iba sucediendo, observé también a quienes esperaban por entrar. Entre los más diversos personajes que protagonizaban el momento, conversando en voz muy alta o llamando la atención con su sola presencia, estaban Donald Trump y Franco Macri, que se habían encontrado casualmente. Aunque todos esperábamos su visita a Argentina, puesto que las noticias se habían encargado de informar que el presidente de los Estados Unidos viajaría para participar de un Foro sobre pobreza y políticas económicas entre países, nadie sospechaba encontrarlo allí aquel día, aguardando para realizar una extracción de su cuenta bancaria.

—Me alegra contar con su presencia estos días— decía Macri, dándole una palmada amigable en la espalda. —Aquí las cosas van muy bien, pero sé que usted me puede asesorar mejor que nadie en materia de negocios.

—Con mucho gusto lo haré— le respondió Trump, esbozando una sonrisa.

Por un instante, me perdí entre la conversación sobre economía, empresas y dólares, cuando descubrí que, separado de éstas personalidades por apenas unas tres o cuatro personas, se encontraba Jorge Bergoglio, que también hacía la fila y repartía, entre tanto, algunas bendiciones a los niños que se acercaban a pedir limosna, o a los mismos clientes del banco.

—¿Sabe usted que con solamente esa cruz que tiene colgada del cuello, este hombre podría enriquecer a todos los mendigos de esta cuadra, a sus familias, y hasta cada uno de los vecinos de su manzana?— murmuró entre risas Trump, codeando al empresario argentino. —¡Cuánta bondad hay en su corazón!-

—No me cabe duda. Y luego son los primeros en pedirnos solidaridad con nuestros hermanos. ¡Qué increíble!— le respondió Franco.

Los comentarios por lo bajo llegaron a su fin, cuando las figuras públicas allí reunidas cruzaron sus miradas y no tuvieron más remedio que saludarse cordialmente.

—¡Francisco! Que gusto tenerlo por aquí. ¿Con que ha venido a participar del Foro?— preguntó Donald.

—Así es— le respondió el Papa. —Es una alegría inmensa estar visitando nuevamente mi país, y más aún encontrarme con tan respetables figuras como ustedes.

—¡Siempre usted tan atento a las necesidades de nuestra Nación!— respondió con una mueca de encanto el empresario argentino.

Acto seguido, los tres hombres se tomaron una fotografía juntos, sonrientes y muy juntos, dando a entender cuanto se agradaban.

Mientras comentaban algunas cosas más que no alcancé a escuchar, vi que se acercaba el momento de ingresar al cajero de una mujer joven, que hacía malabares para sostener con sus dos manos su cartera, billetera, y una bandera de un sindicato docente, que enrollaba cuidadosamente para guardar en su bolso. Minutos más tarde, salió con una indescriptible expresión de aflicción. Al levantar la vista, mientras guardaba su tarjeta, se encontró con los tres hombres, que conversaban y reían.

—¡Qué fortuna la de ustedes de poder estar tan felices!— les reprochó la docente, violenta e irónicamente. —Bien me gustaría tener el bolsillo tan holgado y la sonrisa tan grande en estos tiempos de crisis.

—No se preocupe señora, si transita una dura situación económica— respondió Francisco de manera amable. —Seguiré orando insaciablemente por las súplicas de los argentinos.

—¿Rezando? ¿Está usted haciéndome un chiste?— dijo ella, indignada.

—Tranquilícese, mujer. No es tan terrible como para que usted tenga que agarrárselas con este buen hombre— acotó Macri, interviniendo para calmarla, mientras se abanicaba con un cheque.

Aunque fue poco lo que a continuación pude entender con claridad de la situación, observé atónito como la muchacha comenzaba a gritar con furia a aquellos hombres, enfrentándolos casi con una valentía heroica, indignada tras sus contestaciones.

—¡Así de bien viven ustedes, mientras nosotros contamos los centavos para llegar al último día del mes!- añadió, furiosa.

La situación se apaciguó cuando, finalmente, aparecieron las fuerzas de seguridad, y se llevaron detenida a la joven docente.

—Qué fuerte afecta el calor en la gente— arrojó Trump, mientras ingresaba al cajero y cerraba la puerta tras de sí.

Durante la tarde de ese día, dos fueron los principales acontecimientos que los medios se encargaron de difundir. En primer lugar, el encuentro de Donald Trump,

Franco Macri y Jorge Bergoglio, que sonrieron para una foto, demostrando así la sencillez de quien hace la fila en un banco como cualquier ciudadano común, y lo mucho que los tres se agradaban. Por otro lado, los titulares anoticiaban acerca de una desquiciada mujer, que se encontraba detenida por agredir en la vía pública al mismísimo Papa y al presidente de los Estados Unidos.

Afortunadamente, y por la cantidad de cámaras y personas que minutos después del suceso se acercaron al lugar de los hechos, el 30 de abril vendí muchos vasos de café.

De casería

Lautaro Rost

Todo comienza un 17 de Julio del 2015. Después de desayunar decido con mis amigos ir de casería. Los llamé para proponerles la idea y que vengan a casa.

Yo llevé mi gomera y Chicho el aire comprimido. No sabíamos si ir caminando o en cuatriciclo, pero optamos por ir al vehículo porque era un poco lejos.

No todos tenían armas, así que dos de mis amistades llevaron un cuchillo y otro un palo.

Al llegar al “campito”, nos bajamos y empezamos a buscar algún animal para fusilar. A unos 50 metros vemos una paloma en un árbol, era perfecta para tirarle, estaba parada en la puntita de una rama.

Mi amigo, no tiene un buen tiro pero le apunta, dispara y la mata.

Poco a poco nos acercamos a unas casas, no porque quisimos, sino porque en los árboles de ahí estaba lleno de pájaros y ese era nuestro punto.

Me encontraba contento porque ya había casado varios animales con mis compañeros. Luego mi amigo Alberto mata a otra, lo cual eso nos bastó para que termine nuestro día.

Estábamos muy contentos, pero esa felicidad no nos duró mucho. De repente llega la policía, nos apuntan con armas y nos dice que nos tiremos al piso y que levantemos las manos.

Luego de pedirnos todos los datos nos secuestran el aire comprimido y la gomera, pidiéndonos que vayan nuestros padres a retirarla.

Después de un largo período de dos semanas, nos cuenta una vecina que en el conocido “campo” andaban unos chicos tirando tiros, que nos cuidemos, pero que igual ella ya los había denunciado cuando los vio.

Un vuelo por Chivo negro

Jeisson Ruíz Narváez

La familia Ruiz Narváez tuvo una época de constantes viajes, a la pileta, parques de diversiones y a sitios característicos de Colombia. Fue un tiempo divertido, no solo para mí, sino para todos mis cercanos.

Nació una idea de salir a un lugar llamado Piedras de Chivonegro, una ubicación que tenemos cerca de nuestro hogar, Madrid, de Colombia, no de España. Es una zona que, como puedes escalar y obtener unas hermosas vistas. Aunque aún no tengo claro todavía por qué el nombre Chivonegro, sigue siendo un misterio para mí.

Se decidió hacer el viaje en bicicleta, ya que se puede disfrutar mejor del paseo, además de que es entretenido debido al camino montañoso que viene con muchas subidas y bajadas pronunciadas.

Salimos a las diez de la mañana, fue toda la familia, todo sucedía con mera tranquilidad, pero todo cambió al iniciar el lado montañoso de la carretera. Para esos momentos se debe tener bastante cuidado, porque, durante las bajadas, aumenta la velocidad, y en estos casos es mejor ser precavido.

Yo con solo diez u once años, por diversión, en esa sección del camino, mantenía una velocidad constante. Me gustaba sentir el aire golpear mi rostro, me sentía bien. Hice caso omiso a las advertencias de mi hermana, y durante la bajada, con preocupación me gritó en alta voz: “¡En la bajada, mantén el freno!”. Y yo como buen sordo seguía pedaleando, al escuchar a mi hermana, de manera desprevenida, giré bruscamente el manubrio y grité: ¿Qué? Debido al movimiento violento que generé, más la velocidad, salí volando por los aires. Por un momento pensé que era Superman, pero terminó en el mismo instante en cuanto choqué el suelo, de manera abrupta.

Entre risas y lágrimas, la alegría de mis primas y mis lloriqueos, me levantaron malherido y me llevaron en auto lo que quedó del viaje. Estuve sintiendo el aire

nuevamente, pero en esta ocasión lo hacía desde el carro. Y por cierto, me dolió mucho.

Escapar ¿hacia dónde?

Catalina Russó

Actualmente en la Argentina, ocurre un femicidio cada 30 horas aproximadamente. Las mujeres sufrimos acoso callejero a cualquier hora del día al menos una vez; mi mayor miedo hoy en día es aquel que me produce salir a la calle y no saber si voy a volver.

Esta es la historia de una simple salida que se transformó en una de las peores experiencias de mi vida. Era lunes por la noche, con unos amigos habíamos decidido salir a tomar algo ya que al día siguiente no cursábamos; después de un par de pintas a Füssen -5 y 54-, junto a dos amigas decidimos caminar de retorno hacia la casa de una de ellas que se encontraba a unas trece cuadras de allí. El reloj marcaba las 02.30 a.m., las calles platenses se encontraban completamente vacías, escasas de luz, no se podía percibir ni un solo auto, la oscuridad se apoderó de nosotras.

Ginas, Guadalupe y yo caminábamos algo inseguras, tratando de alargar los pasos para llegar lo antes posible. De repente comenzamos a recibir acoso verbal por parte de dos hombres que limpiaban las calles; asustadas, iniciamos una caminata cada vez más rápida hasta llegar al punto de correr respondiendo a la rápida persecución que efectuaban los muchachos. Pero, ¿hacia dónde escapábamos? No había señales de personas por ninguna parte. Llorando, llamé a un amigo que había estado antes en la cervecería pero lamentablemente no era certeza de nada, estábamos solas y no sabíamos qué eran capaces de hacernos.

Por suerte existe la sororidad, y aquella noche encontramos a la persona que nos salvó de aquella situación. Una chica que escuchó nuestros llantos desde su departamento corrió a abrirnos la puerta de su edificio. Nos recibió, hicimos la denuncia y lloramos de tristeza, bronca y alegría, una mezcla de sensaciones inexplicables.

Hoy en día, este hecho dejó un miedo aún mayor, uno de los más difíciles de afrontar ya que no depende de mí.

El pasillo infinito

Ariadna Santolaria

Mis padres me tuvieron de jóvenes, por lo que mi abuela se dedicó a criarme en su oscuro y sombrío hogar.

Este constaba de dos pisos. En planta baja se encontraba la gran puerta de madera, que aunque en su época de esplendor desprendía olor a cera, actualmente largaba un hedor que mantenía alejados a los extraños. Al pasar esta puerta uno se encontraba con una pequeña habitación igual de decrepita que el resto de la casa. Aun así, siempre me pareció acogedora.

Por el contrario, nunca me animé a subir al primer piso. No tenía tampoco la obligación de hacerlo porque tanto la cocina, como los baños y las habitaciones se encontraban en planta baja.

Muy entrada la noche, desde mi habitación, se escuchaban ruidos provenientes del piso de arriba. A mí me parecían cadenas, pero mi abuela se los atribuía a las viejas cañerías. Cuando los ruidos se tornaban muy fuertes corría hacia la habitación de mi abuela y le rogaba que me dejara dormir con ella. Nunca se negó, siempre me abrazaba y me cantaba en su lengua natal hasta que caía en un sueño profundo.

Recuerdo aquella vez, que muy entrada la noche, mi abuela me despertó sobresaltada. Dijo que alguien había entrado en la casa y que debíamos escondernos. Subí al primer piso de su mano, pero al pisar el último escalón noté que estaba sola en un largo pasillo con muchas puertas. Escuchaba el llanto de mi abuela detrás de una, y luego de otra, y trataba de abrirlas pero era inútil porque estaban atoradas.

Cuando llegué al final del pasillo, la última se abrió con facilidad. Me encontré frente a una sala llena de personas llorando frente a un ataúd abierto. Nadie pareció notarme, todos lloraban a su muerto. Entre las personas presentes vi a mis padres y a algunos vecinos. Avancé hacia el ataúd para ver quién era el desdichado, y cuando estuve frente a él escuché el llanto de mi abuela proviniendo de una silueta oscura y amenazadora.

El miedo me paralizó, por un momento, cuando la silueta se levantó y salió del ataúd. Empecé a correr mientras la negra silueta me perseguía. Salí al pasillo y noté

que las escaleras al final del corredor habían desaparecido, el pasillo se había vuelto infinito.

A pesar de que sabía que no tenía escapatoria, seguí corriendo hasta que mis piernas de niña me traicionaron y caí al suelo. Sentí como la silueta se avalanzó sobre mí y un frío gélido me consumió.

Desperté exaltada en los brazos de mi madre, y junto al cuerpo inerte de mi abuela, que había muerto esa noche a mi lado mientras dormía.

Tal vez sea un eterno dejavú

Mariana Sumich

Desperté, estaba sola. Era un lugar nuevo, un lugar que no conocía... solo había cables, poca luz, olor a humedad y mi incertidumbre. Mis gritos de “¡ayuda!” no tardaron mucho más. Por suerte, obtuvieron respuesta (o eso creí).

Apareció una mujer vestida de blanco, parecía enfermera que sin responder mis preguntas dijo: “ya está, estás lista”.

Yo hablaba pero no me escuchaba, no me prestaba atención. Al salir de ese horrible lugar, noté que varias personas estaban como yo. Sin embargo, no me respondían. El tiempo seguía pasando y yo seguía sin saber dónde estaba, no importaba cuanto me esforzara.

Tan solo tenía veinte años, quería volver a casa, comer, ver a mi familia. Entré en desesperación y empecé a correr pero tropecé y caí. Al caer, noté que estaba en un local que quedaba cerca de casa. Alegre recorrí el barrio hasta que llegué.

Ya en casa, “por fin” pensé. Sin dudarlo toqué el timbre, esperando con ansias que alguien abriera la puerta. Salió mamá. Estaba llorando. No entendía nada. Intenté saludarla pero no me prestaba atención. Detrás de ella iba papá, que tampoco me vio, ni escuchó. Sin importar cuán fuerte grité, corrí e intenté hablar, ellos no respondían. Siguieron su camino y se subieron al auto. Decidí esperarlos en los escalones de la puerta de casa. Era invierno y yo tenía una bata blanca pero no tenía frío, tal vez porque el sol me daba de lleno.

Y así fue. Giré mi cabeza mirando al suelo y noté que mi sombra no estaba y al parecer yo tampoco.

Todo tenía sentido, no me escuchaban, no me hablaban, no me veían y mi sombra había huido. Estaba muerta... o eso creí.

Desperté. Estaba sola. Era un lugar nuevo, un lugar que no conocía...

Silencio

Clara Troncoso

Eran las cuatro de la madrugada cuando Laura abrió los ojos. Miró el reloj que se encontraba a un costado de la cama y se sorprendió por la hora, no acostumbraba a despertarse antes de las ocho de la mañana. Se levantó y se dirigió a la cocina para beber un vaso de agua.

Mientras bajaba las escaleras presentía algo extraño. Se dio cuenta de que no escuchaba nada más que sus pisadas, lo que le resultó raro. Generalmente se oían ruidos de autos, las voces de los vecinos o de la gente que pasaba caminando por la calle. Incluso nunca faltaban los ladridos del perro de la casa de enfrente.

Había alquilado ese departamento porque se encontraba en el centro de la ciudad. Tenía vecinos muy ruidosos y siempre se sentía la presencia de alguien. Eso era exactamente lo que ella buscaba. Desde muy chica nunca le gustó estar sola. El saber que no había nadie más cerca suyo, le generaba angustia y desesperación. Seguramente por eso no era tan sociable y tenía constantemente esa necesidad de hablar con la gente, de saber que había alguien más con ella, le gustaba escuchar las voces o simplemente las respiraciones.

Al llegar a la cocina, luego de beber el vaso de agua, su corazón comenzó a latir más rápido. Se sentía sola, no notaba ninguna presencia, ningún movimiento, ni un solo ruido. A medida que se daba cuenta de eso su desesperación aumentaba. Corrió de nuevo a la pieza y se asomó por la ventana, quería ver alguna luz, algún movimiento, escuchar el ruido de un auto que pasara por ahí. Solía quejarse de las luces que entraban por la ventaba y rebotaban en las paredes, pero en ese momento deseaba que sucediera eso. No había rastros de vida, nada se movía, todo estaba en silencio.

Lo primero que pensó fue en llamar por teléfono, pero recordó la hora y no se le ocurría quien podía estar despierto. Finalmente se decidió y llamó a su padre, quería al menos escuchar su voz; o su respiración. Pero nadie atendió. Estuvo

varios minutos intentando llamarlo sin recibir respuesta. Las manos comenzaron a temblarle y a sudar, se le dificultaba marcar otro número.

Estaba exaltada, su respiración acelerada y todo su cuerpo comenzó a sudar. Bajó corriendo nuevamente las escaleras y se dirigió a la puerta. Una vez fuera del edificio corrió por la calle buscando a alguien, quien sea. Pero no había nadie.

Le costaba mantenerse en pie, las piernas le temblaban y estaba a punto de desplomarse. En la desesperación hizo un último intento y comenzó a correr por las calles, gritando, pidiendo ayuda. Quería que alguien le demuestre que no estaba sola. Nada ocurrió. Casi sin poder respirar se sentó en el medio de la calle, el sudor le caía por la frente y se mezclaba con sus lágrimas.

Se rindió, se acostó en el suelo y cerró los ojos intentando respirar. Cuando los abrió estaba en su cama, miró hacia el costado y vio la hora en el reloj; eran las cuatro de la madrugada. Le resultó extraño porque no solía despertar antes de las ocho. Se levantó, se dirigió a la cocina por un vaso de agua. Había mucho silencio.

Muerte en vida

Julia Usatorre

Hoy voy a contar una historia que me ocurrió a mí. Antes de esto, yo no me consideraba una persona miedosa. Sí, las cucarachas nunca fueron mis mejores amigas, pero si es necesario puede enfrentarlas sin problemas.

Solía mirar películas todo el tiempo con mi padre. Me gustaba reír y llorar, pero sobre todo asustarme con él. Cada vez que salía una nueva película en la cartelera del cine él sacaba dos entradas, sin siquiera preguntarme –no hacía falta que lo hiciese– y me informaba cuándo era la función.

De las películas de terror, las de espíritus eran nuestras preferidas. Por su parte, porque eran las que más lo asustaban y eso le agradaba, por la mía, porque eran con las que más me reía al verlo a él intentando reprimir el terror que sentía y fracasando a cada instante.

Un día, al salir del cine luego de ver una de aquellas películas que tanto nos gustan, un hombre se bajó de su moto y nos apuntó con un arma para sacarnos todas nuestras pertenencias. Mi padre, que no tenía más que su celular, eso le dio, pero el

ladrón pedía más y en una venganza pasional, le disparó sin ningún tipo de piedad dejándolo sin vida.

A partir de ese momento todo fue diferente. Yo, que no me creía una persona miedosa, comencé a temerle a muchas cosas pero principalmente a los espíritus.

¿Y por qué a ellos? Porque los veía. El primero fue mi padre. Las imágenes se me confundían, lo real de lo irreal, los vivos de los muertos.

Me perseguían a donde iba, a la escuela, a mi casa, a cada lado que habitaba.

Y no solo me acompañaban, sino que me acosaban, me pedían que los salvara, eso era específico. ¿Que los salvara? ¿Que los salvara de qué? Me volvían loca, y yo no podía ni comer, ni beber, ni pensar si quiera en continuar con mi vida de esta forma.

El día en que creía que no podía más, se apareció mi padre en la puerta de mi habitación. Con mi aspecto deplorable y mis grandes ojeras lo recibí y él me dio la solución a todo.

Me dijo que tomara unas pastillas y que así podría estar con él para siempre. Eso hice. Al instante me desplomé en el sillón pero fue en ese momento, antes de que las pastillas mortales surtieran efecto, en que me di cuenta que todo era producto de mi imaginación, que extrañaba tanto a mi padre y las películas que mirábamos que comencé a inventármelas en mi cabeza, dejando que me llevaran a la locura absoluta, y al infierno que era mi vida.

Cuando esos pensamientos se apagaron, cerré los ojos y lancé mi último suspiro.

La fila de la discordia

Juana Viñes

Un río de cabezas aplastadas por el mismo pie hacen cola, bajo la sombra. Lo mismo de todos los mediodías, el Banco Provincia de la ciudad es un lío, fila de personas de una cuadra donde hay embarazadas, discapacitados y ancianos, sin privilegio alguno. Para variar, más allá del frío y el dolor de pies que causa estar tanto tiempo parado, también son penetrados por la asquerosa humedad que hay en la ciudad capital de Buenos Aires.

Los primeros días de cada mes son donde se encuentran las colas más largas del Banco, se puede ver la euforia y desesperación de la gente por querer retirar el

dinero que, no todos, pero si la mayoría, ganan con sacrificio durante todo el mes. La mañana del 6 de Abril había una cola que daba la vuelta al banco. Casi a lo último de la fila se podía observar la singularidad entre las personas. Estás se destacaban del resto porque habían podido entablar una conversación entre varios.

—Esto de andar haciendo filas para poder cobrar no me gusta nada. La próxima vez no me va a interesar mostrarme como si fuese un ciudadano cualquiera— dice Franco Macri con rabia.

La gente que lo rodeaba escuchó ese comentario e hizo silencio por unos segundos.

—Yo estoy igual que tú, Durán Barba me ha recomendado hacer esto porque dice que las estadísticas bajaron demasiado. Pero después de esto ya no me interesarán más las estadísticas ni lo que diga ese hombre— afirmó Donald Trump.

—Señores, por favor, un poco de paciencia. Estar rodeado de pobres no es la muerte de nadie, yo recibo gente de esa clase en el Vaticano y todavía estoy vivo – dijo el Papa Francisco con un tono irónico.

—¡Ah bueno! Lo que una tiene que escuchar desde temprano— gritó una docente fastidiada.

No hubo respuesta al grito. El silencio era tal que se podía escuchar como titiritaban del frío que hacía.

—Todavía no entiendo que hacemos acá, señor Francisco— dijo Franco Macri. —Extraño Italia.

— Sí, coincido totalmente, yo también extraño.

—¿Y si mejor dejamos de actuar y nos volvemos a Europa?

— Y dele, ¡vayámonos!

— Do not they think to invite myself?—dijo Donald Trump. —Son malos, muy malos.

Entre risas y carcajadas, la fila del banco se fue acortando.

—Es fácil hablar de querer irse a Europa cuando el dinero que tienen se lo ganan a costa de los más carenciados— dijo la docente. —Así, cualquiera.

—Tranquila señora, que puede saber usted de cómo nosotros nos ganamos el dinero— afirmó Franco Macri.

—Deje de repetir lo que escucha en la TV y lo que dicen los zurditos esos –dice el Papa Francisco de manera despectiva.

—Evidentemente ese tipo de gente hay en todo el mundo— dice Donald Trump. — Son los mismos que salen a las calles a romper todo por cualquier cosa.

—Sí, esos mismos, los que después pretenden que se los respeté— afirmó Franco Macri.

—¡Y claro que los tienen que respetar! Esos que ustedes llaman “zurditos” salen a las calles a reclamar por lo que nos corresponde, por eso que ustedes nos quitan sin derecho alguno solo por tener mayor jerarquía que nosotros— dijo la docente a los gritos.

El resto de las personas de la fila observó y escuchó, pero nadie se mete. La docente está a dos personas de entrar al banco.

—Está muy equivocada, ya le dije, eso le hacen creer— afirmó Franco Macri.

—¿Cuántas veces me lo va a repetir? ¡Ya lo entendí! Cómo también entiendo que el único argumento que tiene es ese— dijo la docente. —Por suerte, ya me toca.

—¡Por favor! ¿Con quién se piensa que está hablando? Le repito eso porque no quiero gastar saliva en algo que no tiene sentido— gritó Franco Macri. —¿O no se da cuenta?

—¡Calmplease, calmplease!— dijo Donald Trump en forma irónica.

—Si le digo esto es porque me doy cuenta de varias cosas; soy docente y veo cómo están dejando que la educación pública se venga abajo, veo como también nos quieren hacer creer que los pobres son pobres porque quieren, veo muy claramente, como gobiernan para ricos, para los empresarios— afirmó la docente.

—Si de algo estoy muy segura es de que veo muy bien.

La docente se retiró porque ya era su turno. Entrando al banco se dio media vuelta y saluda a los tres hombres.

—Que tengan un buen día—dijo irónicamente la docente. —¡Espero no cruzarlos más por acá!